

# ESPIRAL

Seudónimo: Julia Vila

Las patatas, tengo que ir a pelar las patatas para la tortilla de la cena. Bueno, cuando acabe este concurso que me gusta tanto. Y que no se me olvide tomar la pastilla, el doctor dijo que era muy importante que la tomara antes de cada comida. A ver si consigo a alguien para que me arregle ese grifo que no deja de gotear. Y ya sin falta tengo que pedir hora para la peluquería, que tengo una facha con estos pelos que la verdad doy un poco hasta de vergüenza.

Las patatas, tengo que ir a pelarlas. Y también voy a cortar un poco de cebolla. Mira, es lo bueno de cocinar para una sola. Me puedo hacer la tortilla con su cebollita bien picada, como a mí me gusta. Porque antes, cuando estaba Marcial, que Dios lo tenga en su gloria, la cebolla ni en pintura. Y la tortilla poco cuajada. Y a mí me gusta con cebolla y bien compacta, que no se deshaga al cortarla. Sí, era un buen hombre, sí. Cabal, trabajador y discreto. Pero qué cabezón, madre mía. Y qué puntilloso. La tortilla, sin cebolla; la ensalada, sin vinagre; el vasito de tinto, a las ocho en punto. Esto de los maridos, hay que ver cómo es: cuando están qué compañía hacen, pero cuando faltan qué descanso dejan. Parece que se va a acabar el mundo cuando te encuentras la casa vacía pero oye, le vas cogiendo el tranquillo y, al final, pues que tampoco es para tanto. Si es que es ley de vida, todos tenemos que irnos en algún momento. Seguro que mi hora tampoco está tan lejos.

Pero mira, empieza el concurso. Hay que ver lo que sabe esta gente. Les preguntas de historia, y saben; les preguntas de literatura, y saben; les preguntas de geografía, y también. Claro, habrán estudiado. Cómo me hubiera gustado a mí haber podido estudiar. Aunque fuera solo el bachillerato. Pero vaya, eran otros tiempos. Era algo impensable. Solo de imaginar la cara de mi padre si le hubiese dicho que quería estudiar, ya me pongo mala. Habría pensado que quería ir para monja o algo así. En el pueblo no se estudiaba, aprendías a guisar y a coser y a ser una buena esposa. Y a trabajar la tierra, aunque a eso no aprendías, venías ya enseñada desde la barriga de tu madre. Suerte que por lo menos pudimos venir para Madrid cuando Marcial consiguió ese trabajo en la fábrica de armarios. Imagínate lo que habría sido quedarse en el pueblo, como Eulogia o Sonsoles, con esos maridos a los que costaba distinguirlos de los mulos con los que araban el erial.

Y vaya vida, encerradas en el pueblo, trabajando a todas horas, en el campo, en la casa, sin descanso, día sí y día también... Qué habrá sido de ellas, hace tanto que no vamos por el pueblo. Como Marcial se enfadó con sus hermanos por lo de la herencia, no volvimos a poner allí los pies. Qué habrá sido de ellas. A ver si un día les llamo. Escribirlas no, que lo de leer ya sé que no es lo suyo.

Tengo que acordarme de tomar la pastilla. ¿Me la tomé ayer? Claro, no está Marcial para recordármelo. Qué ordenado era. Un poco hasta la extenuación. Extenuación quiere decir agotamiento, cansancio. Lo aprendí en el concurso de ayer. ¿O fue en el de la semana pasada?... Ay, ya ni sé. Tengo que tomar la pastilla. Seguro que Eulogia y Sonsoles no toman ninguna pastilla. Porque allí, eso sí, aire puro y buena comida. Todo mucho más saludable que aquí, que con tanta contaminación y con tanta comida preparada nos estamos envenenando nosotros solos. Y más compañía, que allí nos juntábamos todos los días en la plaza y a darle a la sinhueso hasta quedar reventadas. A pesar de tanto trabajo se pasaba bien. ¿Seguirán Eulogia y Sonsoles yendo a la plaza a charlar cada tarde? Eso si siguen vivas, que en el pueblo no quedaban más que cuatro gatos la última vez que estuvimos.

La verdad, si estuviera Marcial, tan ordenado y tan pulcro como era, ese grifo ya estaría arreglado. Ese tac, tac, tac va a volverme loca. Tengo que llamar a alguien para que lo repare. A ver dónde encuentro a un manitas. Es lo malo de no tener marido, claro. Porque yo de cosas de herramientas, ni idea. A mí dame costura, dame cocina, dame labor. Pero con un destornillador o unos alicates en la mano estoy más perdida que el barco del arroz.

También es cierto que te descuidas un poco más si estás sola, mira estos pelos. Si es que voy hecha un desastre. Anda, fíjate que igual puedo preguntar en la peluquería por si conocen a alguien para arreglar el dichoso grifo. Si debe ser una tontería, una cosa de nada. En la peluquería, además de arreglarte, te enteras de los cotilleos del barrio. Porque para lavar y peinar estos cuatro pelos que me quedan tampoco necesito ir a una estilista de lujo. Jo, como se pusieron Luisa y Delfina cuando dije lo de estilista, me tomaron por una pedante. Pues es otra palabra que aprendí en el concurso, qué le vamos a hacer si una tiene ciertas inquietudes culturales. Porque ellas, las pobres...qué ignorantes. Eso sí, la vida y milagros del vecindario bien que la conocen. Jesús, qué cotillas. Hace tiempo que no las veo. Ay, calla, si ahora me acuerdo de que la pobre Delfina se murió el año pasado. Madre, se me había olvidado. De repente, en su casa, cocinando. Un derrame y directa al camposanto. Pues qué gusto irse así, sin enterarse, sin dolor, por otra parte. Pero, ¿cómo

se me puede haber olvidado? Es por que no me tomo las pastillas como dice el médico. Y Luisa, ya me acuerdo también, sus hijos se la llevaron a una residencia en las afueras. Decía Luisa que era un sitio muy elegante y muy limpio. Lo decía como para convencerse a sí misma, porque bien se veía en su mirada que ella no quería ir, que quería quedarse en su casa o si no, con alguno de sus hijos. Que se turnaran para tenerla unos meses cada uno. Pero me decía que estaban muy ocupados. Ya sabes, con la consulta, el bufete, las clases... yo no sé si era verdad que sus hijos estaban tan bien colocados, pero sí me parece que no la atendían como Luisa hubiera querido. Y para allá se fue, se le saltaban las lágrimas el día que se despidió en la peluquería.

Esas patatas. Cortadas en rebanaditas muy finas, para que al sofreírlas se empapan bien en el aceite. De todos modos es un poco triste cocinar para una sola. Me imagino como sería estar ahora cocinando y de charla viendo el concurso junto a mi Patricia. Ay, Patricia, pienso en ti y se me saltan las lágrimas. Qué injusto es que los hijos se vayan antes que los padres. Y encima no pudimos despedirnos ni nada. Ese maldito camión...qué tragedia más grande. Y tan joven que era. No hay día que no piense en mi pequeña. Cómo te echo de menos. Qué tonta soy, ya estoy llorando.

Dónde está mi pañuelo. Se me acaban. Luego me levanto y voy al baño a por otro paquete. Y a ver si puedo hacer algo con ese grifo. Tac, tac, tac...qué locura. Jaime no lo hubiera arreglado nunca. ¿Cómo podían ser tan diferentes Jaime y Patricia? Y educados los dos igual. Ella, tan cariñosa, tan alegre, tan vital. Demasiado, ya lo sé. Que ya sabía yo que andaba siempre entre novios y fumando no sé qué cosas raras...y claro, esa noche al volver de fiesta, ese camión...Ay, no puedo pensar más en eso. Y Jaime, en cambio. Tan serio, tan formal, tan cumplidor. Y tan distante. No había manera de darle un beso ni por la mañana ni por la noche. Ni siquiera al despedirnos en el aeropuerto cuando se fue a Estados Unidos a trabajar en ese laboratorio. Y qué carácter tan seco, al principio llamaba todas las semanas, después, cada varios meses. Ahora, ya solo manda esas postales de navidad, que tengo guardaditas como un tesoro en esa cajita de la cómoda. Y como su padre se enfadó y le dijo que aquí nunca más llamara, pues eso fue justo lo que él necesitaba para perder definitivamente el contacto. Marcial, eso no te lo perdono. Por tu culpa, es como si hubiera perdido a mi otro hijo. Entiendo que para ti fuera un escándalo; a ver, para mí también lo fue, vaya disgusto tan grande, pero un hijo es un hijo. Y mira ahora, cuanta gente fuera del armario, hasta ministros tenemos. Que allí en California parece que es de lo más normal. Pero para Marcial fue como una puñalada. Yo

